

caciones cervantistas es afortunada, útil y recomendable.

JOSÉ CHECA BELTRÁN

GARCÍA SANTO-TOMÁS, Enrique. *La musa refractada. Literatura y óptica en la España del Barroco*. Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert, 2014, 340 pp.

A primera vista el tema de este libro de García Santo-Tomás parecería claramente indicado en el título. La verdad, sin embargo, es que este libro ofrece una complejidad de temas que indagan más allá de la literatura y óptica propiamente dichas puesto que se adentra en la entramada red de correspondencias entre lo literario/cultural y lo técnico/científico durante una época de gran transcendencia sociopolítica en España. El autor parte de la premisa medular de que «la prosa barroca no se puede apreciar en la plenitud de todos sus registros sin conocer los avances en el campo de la ciencia» (14). Es decir, la producción cultural y el desarrollo técnico-científico van íntimamente hermanados durante la época áurea, y el fecundo diálogo que aflora de este contacto revela no solo algunas de las transformaciones socioeconómicas, filosóficas, y religiosas más significativas que se dieron en España, sino también la gran influencia que ejercieron los avances logrados en el resto de Europa (Italia en particular) en los campos de la astronomía y las matemáticas que repercutieron en la conciencia literaria.

No sorprende que Galileo Galilei represente una de las figuras centrales de este libro. No obstante, el verdadero protagonista de *La musa refractada* es el telescopio (al igual que otros instrumentos ópticos como el catalejo y los anteojos), invento procedente de Holanda cuyo rol fue decisivo en la evolución del motivo literario de los *occhia-*

*li politici* —o «anteojos políticos»— que fomentó la fértil dialéctica entre el ver (el espectador, la perspectiva, las apariencias, etc.) y el saber (la realidad, la verdad, la epistemología, etc.). De allí que la «España del momento era permeable a influencias externas» según subraya García Santo-Tomás, y añade que «la musa española no rechazó la luz de fuera, sino que la refractó creando nuevos ángulos desde los que iniciar su quehacer» (302-303).

*La musa refractada* consta de una nota preliminar, una introducción, y ocho capítulos divididos en cuatro secciones (además de la conclusión y la bibliografía). La primera sección, «Firma y firmamento», consta de un capítulo y tiene como fin proveer, por una parte, el marco histórico que dio origen al telescopio y su introducción en la Corte en Madrid, y por otra, la diseminación en España de los descubrimientos de Galileo a través de contactos diplomáticos y la divulgación de algunas de sus obras principales en academias y centros como el importante Colegio Imperial de San Isidro. El desarrollo y perfeccionamiento de las lentes al igual que la producción de cristal/vidrio de alta calidad son temas secundarios en esta sección y remiten a las industrias cristaleras de Italia y su aportación a la denominada «revolución científica» en cuanto al telescopio se refiere. García Santo-Tomás observa que la nueva ciencia del telescopio y la creciente «fascinación que produce el propio objeto y esa mirada que... su juego de lentes... ofrece» (30) emergió en España de forma desigual y contrastante pues «en unos lugares se mantenía una actitud permisiva con respecto a la exploración técnico-científico, en otros se vivía aún bajo las coordenadas de un sistema astronómico obsoleto, aunque en proceso de cambio» (103).

La segunda sección, «Galileo y sus contemporáneos españoles», es la más extensa y comprende tres capítulos que se adentran en el campo literario. La sección abre con un breve análisis de la aparición y el uso de

juegos verbales como *antojo-anteojo* y *anteojo-antojo* que suscitaron todo tipo de alusiones entre el ver y la extravagancia, la locura, lo raro, la miopía moral, y las apariencias. Sin duda, estos juegos verbales tuvieron su función humorística y satírica, pero sirvieron más que nada como «un resorte fundamental para decir sin decir, para proclamar sin realmente comprometerse» (108). El libro dedica unas páginas a continuación a reunir las concepciones astronómicas y los fenómenos ópticos que aparecieron en varias obras de Cervantes, Góngora, Lope de Vega, Salas Barbadillo, y Tirso de Molina. Aborda, además, la gran repercusión que tuvieron en España dos textos italianos en torno a la óptica: *La piazza universale de tutte le professioni del mondo* (1585) de Garzoni, y *Ragguagli di Parnaso* (1612) de Boccacini. La sección concluye con un análisis del científico, musicólogo y coleccionista Juan de Espina como el arquetipo del *virtuoso*. Lo que demuestra convincentemente García Santo-Tomás es que figuras como Espina pueden ser orientativas al examinar la imagen del científico en las primeras décadas del XVII en España y las complejidades entre la praxis literaria y científica.

La tercera sección, «La ciencia de la sátira», trata de la centralidad del espacio urbano en el tema de la óptica. El enfoque recae en la imagen de la atalaya en varios textos satíricos de Fernández de Ribera, Jacinto Polo de Medina, y Enríquez Gómez como una ubicación ideal dentro de la urbe «para enarbolar el comentario social, al tiempo que permite, desde su altura moral y física, que el uso de la lente de larga vista observe horizontes no alcanzados hasta el momento» (192). La urbe cambiante y floreciente abre espacios óptimos para la observación, espacios heterogéneos y a veces liminares que dejan entrever en momentos críticos esa otra realidad «refractada» por el desencanto, la vanidad y el sueño, entre otras muchas cosas. Esta tercera sección

concluye con una lectura del tema del viaje y el «ojo itinerante y doble» que caracteriza *El Diablo Cojuelo* (1641) de Luis Vélez de Guevara, al igual que un breve repaso del binario vigilia/sueño en la poesía del barroco (217).

La última sección que precede la conclusión lleva el mismo título del estudio: «La musa refractada». Dividida en dos capítulos, esta sección atiende a cómo figuraba el telescopio y el cristal en la política internacional entre España e Italia, como bien queda documentado en escritores como Quevedo y Saavedra Fajardo. El autor deja claro que el telescopio galileano viene a representar un objeto de innegable trascendencia simbólico-política puesto que logra poner en tela de juicio —más que cualquier otro instrumento de medición de la época— «la incorruptibilidad de la monarquía» (265). El siguiente capítulo de esta sección esboza cómo va avanzando y variando el diálogo entre la literatura y la óptica a finales del siglo XVII y principios del XVIII, particularmente en la obras de Dávila y Heredia y Francisco Santos. En las «Conclusiones» García Santo-Tomás nos deja con unas aclaraciones finales acerca del marco epistemológico del Barroco y su amplísimo trasfondo filosófico. Es esta dinámica, a fin de cuentas, entre la cognoscibilidad del objeto y las tensiones sociopolíticas y religiosas constitutivas del saber la que determinó cómo el telescopio iba a cambiar de forma radical la manera en que se vio el mundo durante la época.

*La musa refractada* es un libro riguroso y de gran importancia que sigue la ardua empresa que define casi toda su amplia bibliografía: insertar la literatura española no solo en un cuadro más disidente de estudios barrocos, sino también en el debido campo de prácticas discursivas y tradiciones epistemológicas transnacionales para así socavar la muy trillada noción de que la España del seiscientos estaba más bien aislada del pulso intelectual europeo. Para García Santo-Tomás, «la noción de una España cerrada a lo

proveniente de fuera es completamente falsa... el ingenio barroco ni era tan dogmático ni tan reaccionario como a veces se ha creído» (15). *La musa refractada* es, pues, un libro que abre nuevas e insospechadas sendas de investigación y de lectura para cualquier estudioso de la simbiosis entre cultura y ciencia en la España del Barroco.

NICOLÁS FERNÁNDEZ-MEDINA

LAFARGA, Francisco y Luis PEGENAU-TE (ed.). *Autores y traductores en la España del siglo XIX*. Kassel: Reichenberger, 2016, 592 pp. Colección «Problemata Literaria», 79.

En 1836 Manuel Bretón de los Herreros componía una divertida comedia que tenía lugar en la redacción de un periódico. La historia se teje en torno a las peripecias amorosas entre el joven redactor jefe, Agustín, y Paula, la hija del dueño del diario, don Tadeo, y se combina con los sinsabores de la vida periodística. La censura previa, la falta de suscriptores y la exigencia de rellenar las páginas de cada número son problemas terribles y causan el nerviosismo del joven redactor y de don Fabricio, el escribiente, que deben dar original al regente para alimentar las columnas diarias. Dos parecen ser las salvaciones de estos atribulados personajes: la *Gaceta Oficial*, de la que se copian comunicados, decretos y otros documentos oficiales, y la traducción, por supuesto del francés, del folletín, la crónica extranjera, el artículo de modas y lo que haga falta. Todos arriman el hombro y traducen Paula y don Fabricio, intentando completar las planas. La consigna es trabajar rápido y, más que traducir, inventar, ocupar espacio; el dominio del idioma parece secundario y se echa mano del diccionario o incluso se dejan los vocablos en lengua original: «Trabajo urgente, y diario... / así nada

sale bien», se duele don Fabricio cuando le demandan el traslado de una crónica del francés, y adivina el resultado final de tanta labor atropellada: «El lector será quien necesite diccionario» (*La redacción de un periódico. Comedia en cinco actos*).

Esta es una de las anécdotas que Bretón narra en su comedia para mejor entender los enfados y agitaciones que viven los periodistas de principios del siglo XIX. La traducción puede ser salvadora, pero también causar que muchas páginas de los diarios, en donde lo importante es la política y el partido a que sirven, sean casi ilegibles. Pero la traducción fue además, como es bien sabido, el camino de los editores para realizar excelentes negocios y el medio de subsistencia de los escritores, ejercicio de *pauze lucrando* que les permitió sobrevivir a la espera de una ocasión para brillar. También, sobre todo en el terreno de la novela y el teatro, se dejó sentir como una losa para muchos noveles, pues les impedía colocar sus originales y, al mismo tiempo, les robaba tiempo y fuerza para la creación original.

En la historiografía literaria del siglo XIX se ha insistido en este protagonismo de la traducción y de la obra traducida, así como en su influjo en la creación literaria autóctona. Francisco Lafarga y Luis Pegenaute se cuentan entre los investigadores que han impulsado el análisis del enorme peso de la traducción en España, dotando de personalidad real a la figura del traductor y al ejercicio mismo de la traducción como un acto, decisivo muchas veces, de intermediación cultural. Más allá de la descripción de las literaturas nacionales, los estudios de traducción permiten entender las mezclas y el hibridismo de las culturas.

Lafarga y Pegenaute vienen dando testimonio desde hace años de los resultados de sus investigaciones, fruto en varios casos de proyectos I+D en los que han colaborado especialistas en distintas filologías, abriendo el campo de interés y estudio a un abanico amplio de lenguas y culturas. Los títulos son